

yo vivo con la vida
sin formas de la idea¹⁷.

La vida de la idea, sin formas, es la que más auténticamente define la actividad interior del poeta, si bien su esencia (recordemos la afirmación de que poesía es esencia) es indefinible. Con Bécquer se abre, por este sendero, una línea de escritores conscientes de que su tarea es bregar constantemente con lo inefable, pues el lenguaje resulta insuficiente. El sevillano alude en muchas ocasiones a esa dificultad:

Todas esas revoluciones, todas esas circunstancias especiales, hubieran podido únicamente dar por resultado un edificio tan original, tan lleno de contrastes, de poesía y de recuerdos, como el que aquella tarde se ofreció a mi vista y hoy he ensayado, aunque en vano, describir con palabras¹⁸.

A veces combina el tópico de la imposibilidad de recordar todo lo pensado con la insuficiencia del lenguaje, haciendo así más perentoria, a la vez que meritoria, su labor de escritor: «Todas estas cosas veía yo: y muchas más de esas que después de pensadas no pueden recordarse; de esas tan inmateriales que es imposible encerrar en el círculo estrecho de la palabra...»¹⁹. La palabra como círculo que aprisiona la idea y la mantiene encerrada es un recurso utilizado por Bécquer en varios lugares de su obra en prosa. En la segunda de las «Cartas literarias a una mujer», después de haber relatado una experiencia personal en la que se unían el tópico de la gran cantidad de ideas y la separación temporal entre lo sentido y lo escrito, declara:

Si tú supieras cómo las ideas más grandes se empequeñecen al encerrarse en el círculo de hierro de la palabra; si tú supieras qué diáfanas, qué ligeras, qué impalpables son las gasas de oro que flotan en la imaginación, al envolver esas misteriosas figuras que crea, y de las que sólo acertamos a reproducir el descarnado esqueleto... (Vid. nt. 9. Es la continuación de la primera cita.)

Y, un poco más adelante, en la misma carta:

¿Cómo la palabra, cómo un idioma grosero y mezquino, insuficiente a veces para expresar las necesidades de la materia, podrá servir de digno intérprete entre dos almas?

Imposible²⁰.

La misma idea, exacta, late en los versos con que Bécquer abre su libro de rimas:

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora,
y estas páginas son de ese himno
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirle, del hombre
domando el rebelde, mezquino idioma,

¹⁷ Bécquer, Gustavo A., *Rimas...*, pág. 106. *El verdadero poeta es, sin duda, el que siente esos deseos de vivir con las ideas sin forma. En «El rayo de luna», afirma categóricamente: «porque Manrique era poeta; tanto, que nunca le habían satisfecho las formas en que pudiera encerrar sus pensamientos y nunca los había encerrado al escribirlos». (En Leyendas, apólogos y otros relatos, Barcelona, Labor, 1974, pág. 186, ed. de Rubén Benítez).*

¹⁸ Bécquer, Gustavo A., «Tres fechas», *Obras...*, pág. 245.

¹⁹ Bécquer, Gustavo A., «Tres fechas», *Obras...*, pág. 247.

²⁰ Bécquer, Gustavo A., «Cartas literarias... II», pág. 233. *Jorge Guillén hace un acopio bastante completo de las citas que hay en las obras de Bécquer en torno a esta cuestión, en Lenguaje y poesía, Madrid, Alianza Editorial, 1972, 2.ª ed., págs. 130 y ss.*

con palabras que fuesen a un tiempo
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar: que no hay cifra
capaz de encerrarle, y apenas ¡oh, hermosa!
si teniendo en mis manos las tuyas
pudiera, al oído, cantártelo a solas²¹.

La posición de esta rima al principio del libro y justo después de la «Introducción sinfónica» no es gratuita. Supone una insistencia casi abrumadora en un tema que, en principio, había quedado claro páginas antes:

Conmigo van, destinados a morir conmigo, sin que de ellos quede otro rastro que el que deja un sueño de la media noche, que a la mañana no puede recordarse. En algunas ocasiones, y ante esta idea terrible, se subleva en ellos el instinto de la vida, y agitándose en ¿terrible?, aunque silencioso tumulto, buscan en tropel por dónde salir a la luz, de las tinieblas en que viven. Pero, ¡ay, que entre el mundo de la idea y el de la forma existe un abismo que sólo puede salvar la palabra; y la palabra tímida y perezosa se niega a secundar sus esfuerzos!

Y concluye, a modo de último recurso, que nada consigue:

¡Anda, pues! andad y vivid con la única vida que puedo daros. Mi inteligencia os nutrirá lo suficiente para que seáis palpables. Os vestirá, aunque sea de harapos, lo bastante para que no avergüence vuestra desnudez. Yo quisiera forjar para cada uno de vosotros una maravillosa estrofa tejida de frases exquisitas, en las que os podríais envolver con orgullo, como en un manto de púrpura. Yo quisiera poder cincelar la forma que ha de conteneros, como se cincela el vaso de oro que ha de guardar un preciado perfume. ¡Mas es imposible!²²

Quizá lo que más impresiona de todas estas citas, aparte del gran parecido que hay entre ellas y los calcos que se producen de unas a otras, es la ingente cantidad de alusiones al tema. Hemos recorrido todas las obras de Bécquer (rimas, leyendas, narraciones, cartas, prólogos...) y cabría seguir extrayendo testimonios de otras leyendas, de las cartas *Desde mi celda*, artículos, relatos, etc., donde Bécquer tiene la necesidad de mostrar que se siente incapaz de acometer la empresa de escribir algo... a pesar de que luego lo escriba. En efecto, al final siempre acaba escribiendo. En un momento dado, ante el espectáculo que le ofrece la plaza del Mercado en Tarazona, asegura que no habría palabras para describirlo, pero el hecho es que se pone manos a la obra, y no de cualquier manera, sino minuciosamente. En primer lugar, parece iniciar la narración desde la derrota previa: «¿Cómo podrá llegar mi pluma sin más medios que la palabra, tan pobre, tan insuficiente...»²³. Por ello, cuando todavía no ha comenzado a describir, y ya se ha excusado suficientemente, avisa: «Renuncio, pues, a describir el panorama del mercado con sus extensos soportales...» (vid. nt. anterior, pág. 147). A partir de este momento (nótese que ya ha empezado la tarea descriptiva) no hace otra cosa que repasar escrupulosamente cada

²¹ Bécquer, Gustavo A., *Rimas...*, pág. 99.

²² Bécquer, Gustavo A., *Rimas...*, págs. 81-82 y págs. 82-83 respectivamente.

²³ Bécquer, Gustavo A., *Desde mi celda...*, pág. 146. Es concretamente el comienzo de la carta V.

uno de los detalles de la plaza: los arcos, las rejas, las hileras de casuquillas, el templo, el palacio, el escudo, el retablo, el tronco de vid, etc. Todo esto resultaría sorprendente e incongruente si no tuviéramos en cuenta la intención escondida que asoma en la base de sus planteamientos ideológicos: Bécquer necesita, una vez más, obtener para su actividad artística una atención por parte de la sociedad que se le va negando paulatinamente, e intenta inconscientemente salvaguardarla a costa de una actitud que puede pecar de teatral. Además, constituye éste un recurso eficaz para mantener la tensión del lector ante la obra y el interés hacia lo poético y hacia el mismo poeta. La posición céntrica y privilegiada del autor, como al margen de la sociedad, de nada serviría si de tan cierta, produjera realmente la separación e incomunicación entre el autor y la sociedad. Por eso, se ha de mantener el *status quo* de originalidad, distanciamiento, unicidad, etc., sin perder el nexo de unión con la sociedad que es quien, en definitiva, va a sustentar y perpetuar esa figura, pues es la que compra los libros, los lee, los critica y otorga un puesto determinado para ese oficio dentro del organigrama general de la estructura social. Cuando pasamos de lo poético a lo periodístico, la necesidad de hacerse social dentro de su asocialidad es mucho más patente. Véase, en el comienzo de la segunda carta *Desde mi celda*, cómo los tópicos de la gran cantidad de ideas y de la dificultad en la expresión se presentan sin tapujos, con una actitud mucho más teatral, difuminada por una fina ironía. La cita es un poco larga, pero merece la pena:

Queridos amigos: Si me vieran ustedes en algunas ocasiones con la pluma en la mano y el papel delante, buscando un asunto cualquiera para emborronar catorce o quince cuartillas, tendrían lástima de mí. Gracias a Dios que no tengo la perniciosa cuanto fea costumbre de morderme las uñas en casos de esterilidad, pues hasta tal punto me encuentro apurado e irresoluto en estos trances, que ya sería cosa de haberme comido la primera falange de los dedos. Y no es precisamente porque se hayan agotado de tal modo mis ideas que, registrando en el fondo de la imaginación, en donde andan enmarañadas e indecisas, no pudiese topar con alguna y traerla, a ser preciso, por la oreja, como domine de lugar a muchacho travieso. Pero no basta tener una idea; es necesario despojarla de su extraña manera de ser, vestirla un poco al uso para que esté presentable, aderezarla y condimentarla, en fin, a propósito para el paladar de los lectores de un periódico, político por añadidura. Y aquí está lo espinoso del caso, aquí la gran dificultad²⁴.

Quede bien claro que sólo hay una posición excesivamente interesada en algunos escritos periodísticos. En el resto de sus obras, de tipo intimista, coexisten la necesidad de dar a conocer la verdadera identidad del escritor con una recta, apasionada y problemática angustia a causa de la dificultad que entraña el mundo de la expresión. Y junto a ello, los presupuestos puramente estéticos. Bécquer cree en lo inefable aunque a veces se aproveche de ello.

²⁴ Bécquer, Gustavo A., *Desde mi celda...*, pág. 105.

Las expresiones martianas de la insuficiencia del lenguaje son bien parecidas a las de Bécquer, y sus propósitos coinciden en ofrecer al lector la verdadera lucha del poeta contra su mundo interior y en descargar en el escrito teórico toda la tensión que crea el dicho conflicto. Martí también cree en lo inefable y padece angustia para presentarlo adecuadamente. La aguda sensibilidad de Cintio Vitier captó lo siguiente acerca de una de las grandes obras de Martí: «en los *Versos libres* lo vemos a veces —y es cuando más secretamente nos apasiona— luchar a brazo partido con la expresión, hacer saltar en astillas y lajas de luz las palabras, como si un sentido inabarcable, como si un hambre de lo inaudito, de la mística ventura de la posesión poética, lo encendiera y devorara²⁵. O como dijo José Olivio Jiménez: «el lenguaje mismo era para Martí uno de esos quehaceres limitados e incompletos...»²⁶ porque la capacidad comunicativa del lenguaje es la más lenta de las potencialidades humanas. Como en Bécquer, la imposibilidad de escribir todo lo que conoce, hace desmerecer a la expresión:

Como yo escribo lo que veo y lo veo todo con sus adjuntos, antecedentes y ramazones, cuanto escribo resulta fácilmente enmarañado y confuso²⁷.

Y, más aún, tratándose de lo inefable o lo sublime:

«La imagen poética» sabe que tomar forma humana es quedar muerta, por lo ruín de la lengua de los hombres para expresar estas cosas supremas (vid. nt. 6).

Cuando, por fin, se ha estampado sobre el papel la creación concebida espiritualmente, la angustia se reproduce al establecer una comparación entre el objeto antes y después de su concreción material. Es lo que le ocurrió a Martí al contemplar el *tropel de mariposas* que pasaba por su frente, como *una visita de rayos de sol*. Al verlas puestas en el papel, exclama con *¡ay!* doloroso que *la luz era ida*.

Pero la imperfección de la forma traspassa en Martí no sólo el ámbito ideológico, como vimos en Bécquer, sino que afecta a todos los aspectos de la vida. He aquí otro rasgo más de su modernidad. Avizorar los tiempos de cambio suponía hacer globales los problemas particulares, encuadrarlos en unas coordenadas tempo-espaciales y desenterrar su sentido más profundo y colectivo. La imperfección de la lengua no es sino una pequeña muestra de un corolario de imperfecciones a nivel existencial. En el terreno de las relaciones humanas, la imperfección recorre el ámbito político (imperfección y esclavitud es, por ejemplo, lo que Cuba sufriría hasta ser independiente), el económico (el desproporcionado reparto de las riquezas), el social (la discriminación por motivos de clase, etnia, etc.) como han hecho notar, con cierta novedad, Schulman y Garfield:

Desde *Ismaelillo*, Martí muestra en su poesía la estrecha relación entre la lucha constante contra la esclavitud política, económica y social del hombre y la autocrítica

²⁵ Vitier, Cintio, *Temas martianos, Río Piedras, Ed. Huracán, 1981, pág. 152.*

²⁶ Jiménez, José O., «La ley del día y la pasión de la noche en la poesía de José Martí», *Ínsula, 428-429 (1982), pág. 3.*

²⁷ Martí, José, *O.C., t. XX, pág. 116.*

del verso que refleja la perenne turbulencia indagadora de la perfección, temerosa de la muerte de la inspiración esclavizada por la palabra humana...²⁸

Por último, la visión martiana de la imperfección también alcanza el nivel telúrico, y da con la explicación del sentido del hombre en esta vida. La imperfección de la lengua señala indirectamente la imperfección del hombre con respecto a algo que es más perfecto, puesto que es capaz de habitar en las interioridades epistemológicas y afectivas de la persona. Así:

La imperfección de la lengua humana para expresar cabalmente los juicios, afectos y designios del hombre es una prueba perfecta y absoluta de la necesidad de una existencia venidera²⁹.

Ángel Esteban-P. del Campo

²⁸ Schulman, Iván A. y Garfield, Evelyn P., Las entrañas del vacío. Ensayo sobre la modernidad hispanoamericana. México, Cuadernos Americanos, 1984, pág. 93.

²⁹ Cfr. García Marruz, Fiina, «Los versos de Martí», en Temas martianos..., pág. 251. Consiste en un estudio extraído de una conferencia leída en el Lyceum de

La Habana en abril de 1964. Para una bibliografía más completa sobre la insuficiencia del lenguaje en Bécquer y en Martí conviene consultar, aparte de los estudios citados en este capítulo, Ballón-A. José Carlos, Anatomía cultural americana: Bécquer y Martí, Madrid, Pliegos, 1986; Schulman, Iván A., Génesis del modernismo: Martí, Nájera, Silva, Ca-

sal, México, Colegio de México, 1968, 2.ª ed., págs. 71-73, 78, 79 y 92; Castagnino, Raúl H., «Motivaciones del llanto y de la muerte en la obra de Bécquer», en Gustavo Adolfo Bécquer, La Plata, 1971, pág. 67; Díaz, J.P., Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y poesía, Madrid, Gredos, 1971, 3.ª ed., págs. 348-352; López Estrada, F., Poética para un poeta, Madrid, Gre-

dos, 1972, págs. 100-102, 144 y ss. y 175 y ss.; King, Edmund L., Gustavo Adolfo Bécquer: From painter to poet, México, Ed. Porrúa, 1953, págs. 21 y 30-31; Balbín, Rafael de, Poética becqueriana..., págs. 8-9; García-Viñó, M., «De la estética de Bécquer: dos afirmaciones y una metáfora», Revista de Ideas Estéticas, 27 (1969), págs. 310-311.